

HACIA LAS FUENTES DE LAS CATEQUESIS DE S. JUAN PABLO II: RESONANCIAS PLATÓNICAS EN LA HOMILÍA XX SOBRE LA EPÍSTOLA A LOS EFESIOS DE S. JUAN CRISÓSTOMO

TOWARDS THE SOURCES OF THE CATECHESSES OF ST. JOHN PAUL II: PLATONIC RESONANCES IN THE HOMILY XX ON THE EPISTLE TO THE EPHESIANS OF ST. JOHN CHRYSOSTOM

por Ramón CORNAVACA
Universidad Nacional de Córdoba
cornavacas@yahoo.com.ar
ORCID 0000-0002-9056-9457
Recibido: 1-8-2022 / Aceptado: 25-8-2022

Resumen:

A partir de una breve referencia a la Catequesis 113 del Papa S. Juan Pablo II dedicada al amor conyugal según la presentación de *Ef* 5, 22-33, proponemos la lectura de varios pasajes de la *Homilía XX sobre la Epístola a los Efesios* de S. Juan Crisóstomo que invitan a pensar en la recepción de elementos característicos de la tradición platónica, de la que el antioqueno, como tantos otros pensadores y teólogos de los ss. IV/V, se nutrió.

Abstract:

Starting from a brief reference to Catechesis 113 of Pope St. John Paul II dedicated to conjugal love according to the presentation of *Eph* 5, 22-33, we propose the reading of several passages of *Homily XX on the Epistle to the Ephesians* of S. John Chrysostom that invite us to think about the reception of characteristic elements of the Platonic tradition, from which the Antiochene, like so many other thinkers and theologians of the s. IV/V, fed.

De entre las más de cien catequesis que Juan Pablo II dedicó al matrimonio y al amor humano quiero partir de la nro. 113, en la que él toma como centro de sus consideraciones aquel extraordinario pasaje de la *Epístola a los Efesios* (*Ef* 5, 22-33) en el que el autor eleva la realidad del matrimonio hasta las alturas del misterio. Sin duda es éste un texto fundamental para explicitar la novedosa propuesta cristiana acerca del matrimonio y la unión conyugal, y por ello, seguramente, el Pontífice reflexionó sobre él en las audiencias del 4 y 8 de julio de 1984.

El pasaje mencionado, por cierto, había sido objeto de diversas y muy numerosas interpretaciones a lo largo de la historia. La propuesta de esta tarde, que pretende rastrear en las fuentes de la enseñanza de S. Juan Pablo II, es simplemente aproximarnos a una de esas lecturas, la que hizo San Juan Crisóstomo, un Padre de la Iglesia de finales del s. IV, en la *Homilía XX sobre la Epístola a los Efesios*. El antioqueno realiza aquí una exégesis del pasaje *Ef*. 5, 22-33 destacando especialmente el sentido más profundo de la unión conyugal del varón y la mujer en relación con el misterio de la unión de Cristo y de la Iglesia. A partir de este fundamento sagrado, el Crisóstomo inserta una serie de consideraciones sumamente interesantes sobre aspectos muy concretos, como –por ejemplo– la

Palabras clave

S. Juan Pablo II – amor conyugal –
S. Juan Crisóstomo – tradición
platónica.

Keywords:

St. John Paul II – conjugal love – St.
John Chrysostom – platonic tradition.

invitación a la sumisión de la mujer respecto del varón, las implicaciones de la elevadísima exigencia planteada al varón de amar a la esposa tal como Cristo amó a la Iglesia, y hasta el detalle de la actitud pedagógica que se pide ante todo al varón.

La homilía de S. Juan Crisóstomo, a su vez, se ubica dentro de una larga tradición de autores cristianos que fueron interpretando diversos pasajes del Nuevo y Antiguo Testamentos, autores que también bebieron de una tradición literaria y filosófica de autores no cristianos. A esa línea pertenece la que llamaríamos la “tradición platónica”, cuyo aporte fue determinante para la formación de la cultura helenística del s. III a. C. y que perdurará –ya fusionada con elementos de variadas procedencias– hasta la irrupción del cristianismo. Como W. Jaeger señaló claramente en su obra dedicada al primer cristianismo y su relación con el ideal educativo de la Grecia clásica¹, los rasgos decisivos de ese ideal se encuentran ya magistralmente presentados en los *Diálogos* de Platón, y es totalmente comprensible que ellos impregnaran también la cultura cristiana de los primeros siglos de nuestra era. Es de suponer, pues, que entre las fuentes de S. Juan Crisóstomo se hallan muchos elementos de esa “tradición platónica”².

Ahora bien, tal como las palabras del título de la presente ponencia lo indican, el objetivo básico que la orienta es intentar destacar la presencia, quizás indirecta y más o menos distante, del pensamiento del filósofo ateniense en la obra de S. Juan Crisóstomo, y –al menos tangencial o mediatamente– en las mismas Catequesis de S. Juan Pablo II.

Partiendo, pues, de una breve referencia a la Catequesis 113 del Papa, nos detendremos en la lectura de algunos pasajes del texto de S. Juan Crisóstomo que invitan a pensar en la recepción de elementos característicos de aquella tradición platónica de la que el antioqueno, como tantos otros pensadores y teólogos de los ss. IV/V, se nutrió³.

La Catequesis 113

Como dijimos, Juan Pablo II dedicó las dos audiencias que tuvieron lugar en los primeros días de julio de 1984 al tema del amor conyugal según la presentación que se encuentra en el último tercio del cap. 5 de la *Epístola a los Efesios* (5, 22-33). El Papa comenta que en este pasaje –y particularmente en el v. 32: “Gran misterio es éste, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia”– el “lenguaje del cuerpo” se eleva a una dimensión que podría llamarse “mística”, al establecerse la analogía entre la unión de Cristo con la Iglesia y el amor de los esposos. Se abriría así la posibilidad de reflexionar acerca de la estrecha relación entre el cuerpo y la santidad: el signo sacramental, dice Juan Pablo II, “les confía [a los esposos] la unidad y la indisolubilidad del matrimonio con el lenguaje del cuerpo”, les asigna como tarea todo el *sacrum* de la persona y de la comunión de las personas”.

Desde esta perspectiva mística –en el sentido de apertura al misterio– pueden valorarse dignamente y en su lugar específico los compromisos y las recíprocas obligaciones de los esposos, compromisos y obligaciones que, a su vez, se convierten en hechos; estos “son de naturaleza espiritual y sin embargo se expresan al mismo tiempo con el lenguaje del cuerpo”. Retomando elementos de las catequesis anteriores (Nro. 109-111, dedicadas al amor en el *Cantar de los Cantares* y 112 que trata del amor espiritual en el libro de Tobías) el Papa afirma que aquí el lenguaje del cuerpo “se expresa no sólo como el atractivo y la complacencia recíproca del *Cantar de los Cantares*, sino también como una profunda experiencia del *sacrum* que parece estar inmerso en la misma masculinidad y feminidad mediante la dimensión del *mysterium*, ese misterio que se vincula con “el misterio de la creación del hombre: varón y hembra a imagen de Dios”.

¹ JAEGER (1965).

² Es obvio que no se trata aquí el problema específico de la importancia y la magnitud de la recepción de la obra de Platón por parte del teólogo cristiano.

³ Para otra oportunidad dejamos la observación de algunos pasajes de otras dos Catequesis (las nro. 47 y 48) de S. Juan Pablo II en las que se constata, en forma más directa que en la nro. 113, la recepción del pensamiento de Platón.

En este marco se entienden las menciones a la reverencia de la esposa hacia su marido y al amor de éste para con aquella; también ahora se descubre el valor más profundo de aquella actitud de “sujeción” de ambos a Dios en el temor de Cristo (cfr. *Ef* 5, 21), la que estará, a su vez, ligada a la “castidad como virtud y como don” del Espíritu Santo. De este modo “madura espiritualmente el mutuo atractivo de la masculinidad y la femineidad” y el varón y la mujer se alejan de la concupiscencia y “encuentran la justa dimensión de la libertad de entrega”.

En fin, Juan Pablo II destaca la “profundidad, sencillez y belleza hasta aquel momento desconocidas” que ahora se dan en el “lenguaje del cuerpo”, que se vuelve, entonces, “lenguaje de la práctica del amor, de la fidelidad y de la honestidad conyugal”, expresión del *ethos* que tiene su raíz en la “redención del cuerpo” (cfr. *Rom* 8, 23). “En esta línea –concluye el Pontífice– la vida conyugal viene a ser, en algún sentido, liturgia”.

La Homilía XX de S. Juan Crisóstomo sobre la *Epístola a los Efesios*

Grande es, sin duda, la riqueza de esta catequesis nro. 113 de S. Juan Pablo II, que cierra la serie de veintiséis exposiciones dedicadas al sacramento del matrimonio y se ubica inmediatamente antes de la VI o última parte que se ocupará del tema del amor y la fecundidad. Ella seguramente constituye un hito importante en la larguísima historia de reflexión y profundización de diversos aspectos de la propuesta cristiana sobre el matrimonio, los que, de algún modo, parten de aquel famoso pasaje de la *Carta a los Efesios*. Ahora bien, si intentáramos rastrear las fuentes de esta catequesis, encontraríamos muchos e importantes antecedentes en autores inmediatamente anteriores a Juan Pablo y también en escritores más antiguos, algunos muy antiguos, como es el caso de S. Juan Crisóstomo, una de cuyas numerosísimas obras son las veinticuatro homilías dedicadas al comentario de la *Epístola a los Efesios*. En la nro. XX el santo se ocupa precisamente del pasaje ya mencionado (5, 22-33).

Pero antes de compartir la lectura de algunos pasajes de esta homilía, convendría recordar algunos datos sobre la vida y la obra de S. Juan Crisóstomo. Nuestro santo nació a mediados del s. IV en Antioquía. Siendo muy niño perdió a su padre y fue educado por su madre, Antusa, mujer de fe que quedó viuda a los veinte años y no volvió a casarse. Juan recibió una esmerada educación y entre sus posibles maestros se destaca el nombre de Libanio, famoso orador que enseñó en varias grandes ciudades de aquella época, como Atenas, Constantinopla y Antioquía. Libanio, quien alrededor del 354 se había radicado precisamente en Antioquía, poseía una vasta y sólida cultura, adquirida a través de la lectura de los grandes autores de la antigüedad clásica, como Homero, Hesíodo, Píndaro, los tragediógrafos, Heródoto, Tucídides, Demóstenes, Platón e Isócrates, por no mencionar más que a los más conocidos. Es muy probable que Juan haya sido alumno de Libanio y que por medio de él le haya llegado gran parte del bagaje intelectual de la cultura griega antigua; también es de pensar que de allí proviene el impulso por cultivar la oratoria, un género en el cual evidentemente sobresalió Juan hasta el punto de merecer el sobrenombre de “Crisóstomo”⁴. Fue bautizado en el 372 y unos años más tarde se retiró para realizar una experiencia de vida comunitaria y después eremítica. Su salud no le permitió seguir por esa senda y a su regreso en Antioquía fue ordenado diácono (381). En ese tiempo desarrolló una intensa actividad caritativa, dedicándose a ayudar a pobres, huérfanos y viudas, con especial atención a la educación de los niños. En el 386 fue ordenado presbítero y en el 398 consagrado obispo de Constantinopla.

⁴ Es también de suponer el contacto de Juan con la obra de los tres Grandes Capadocios (Basilio, Gregorio de Nacianzo y Gregorio de Nisa) quienes disponían de un amplísimo conocimiento de la cultura griega clásica y que constituyen un testimonio irrefutable de los frutos del encuentro del cristianismo con la tradición filosófica y literaria de la antigüedad. Los últimos capítulos del libro de W. JAEGER (1965) son una buena introducción al tema.

La obra escrita de S. Juan Crisóstomo es enorme; valga mencionar aquí sus más de setecientas homilías y sus más de doscientas cartas. Entre las primeras están nuestras *Homilías sobre la Epístola a los Efesios*. Como ya dijimos, la nro. XX se dedica al comentario del célebre pasaje Ef 5, 22-33. A partir de algunos versículos del Génesis nuestro autor comienza ponderando el valor fundamental del amor (*agápe*) y la concordia (*homónoia*) como base de la “unión” de los esposos. Ese amor no está concebido como opuesto al sentimiento amoroso que tiende a la unión (*eros*), el cual es, en algún sentido, también una especie de “pasión” (*epithymía*). De allí que pueda llegar a ser muy fuerte y “más tiránico que cualquier tiranía”.

Así dice el texto:

De verdad, de verdad, este amor (*agápe*) es más tiránico que cualquier tiranía. En efecto, las otras son vehementes, pero esta pasión (*epithymía*) tiene no sólo vehemencia sino también inmortalidad. Hay en la naturaleza una especie de sentimiento amoroso (*eros*) que se oculta y, sin que nosotros lo advirtamos, enlaza estos cuerpos...⁵.

⁵ ZAMORA (1997: 86).

Por cierto es Dios quien ha puesto en la naturaleza misma del ser humano esta tendencia hacia la unión a la que mueve el amor. La importancia de la unión conyugal y de la concordia entre los esposos es tal que precisamente a ellos se ordenan los consejos concretos que S. Pablo da a los casados, como el de la “sumisión” o sujeción⁶ de la mujer al varón y la altísima exigencia planteada al marido que ha de amar a su esposa “como Cristo amó a la Iglesia”. Es probable que a nuestros oídos suene un tanto extraña la referencia a la “sumisión” y no nos resulte fácil comprender el sentido de esa parte del consejo; pero lo que sí es seguro es que S. Juan Crisóstomo entiende esa sujeción en estrechísima relación con el amor que se pide a los maridos. Así lo sugiere un pasaje en el que comenta los vv. 24 y 25:

Por tanto, *así como la Iglesia* —esto es, los hombres y las mujeres— *está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos como a Dios. Maridos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a la Iglesia*. Acabas de oír el colmo de la sumisión... Escucha también la medida del amor... ¿Quieres que tu mujer te obedezca como a Cristo la Iglesia? Cuida tú también de ella como Cristo de la Iglesia. Aunque haya que dar la vida por ella, aunque haya que dejarse golpear miles de veces, cualquier cosa que haya que aguantar y padecer, no rehusarás. Incluso si llegas a pasar estos sufrimientos, todavía no has sufrido nada comparable a lo que pasó Cristo. Porque tú haces esto cuando ya te has unido a ella, pero Aquél lo hace por una que lo rechaza y lo odia... Aunque la veas arrogante, vanidosa, despreciativa, podrás ponerla a tus pies cuidándola mucho, con amor, con cariño. En efecto, nada es más tiránico que estos vínculos, especialmente para un hombre y una mujer.⁷

⁶ *Hypotagē-hypotássō*; cfr. Ef 5, 21, 22, 24.

⁷ ZAMORA (1997: 89-90).

Poco más adelante, y avanzando en la misma línea, el santo obispo destaca otro aspecto característico del amor de Cristo a la Iglesia, que sirve de modelo al varón: ante los sufrimientos que puede causarle la mujer, el marido no ha de reprochárselo, como tampoco Cristo rechazó a la Iglesia a pesar de los defectos de su esposa. Como buen orador, el Crisóstomo dedica todo un párrafo a resaltar los rasgos desagradables de aquella a la que Cristo tomó por esposa: vive en las tinieblas del mal, es envidiosa, impura, necia, blasfema... Y a pesar de esta fealdad (*a-morphía*) Cristo se entrega por ella; más aún, Él mismo la va volviendo limpia y hermosa, “purificándola mediante el baño del agua” para presentarla resplandeciente, sin mancha ni arruga. En este punto S. Juan Crisóstomo comienza una vibrante exhortación dirigida a sus oyentes. Escuchemos algunos pasajes:

Así pues, tratemos de conseguir también nosotros esta belleza (*kállos*) y podremos convertirnos en sus artífices (*demiourgoi*). No pidas a tu mujer lo que no tiene. Ves que todo lo que poseía la Iglesia le venía del Señor. Por Él se volvió resplandeciente, por Él inmaculada. No rechaces a tu mujer a causa de su fealdad.⁸

⁸ ZAMORA (1997: 92).

Y poco más abajo leemos: “Busca la belleza del alma; imita (*mimoû*) al Esposo de la Iglesia... El amor (*eros*) que empieza de forma conveniente permanece con fuerza, porque nace de la belleza del alma y no del cuerpo”.

Reparemos en el tono exhortativo de todo el pasaje: se trata de una invitación, especialmente dirigida a los varones, a buscar la verdadera belleza, para poder transformarse, embellecerse uno mismo y así estar en condiciones de realizar la tarea confiada por Dios de “embellecer a la esposa” como lo haría un buen artesano al realizar su obra. Sobre esta base se asientan los consejos que encontramos a lo largo de la homilía. Releamos algunos:

En la mujer busquemos bondad, modestia, mesura. Éstos son signos de belleza. No busquemos, sin embargo, la belleza del cuerpo ni le hagamos reproches por cosas que no están en su poder; más bien, ni le hagamos reproche alguno... ni sintamos disgusto, ni nos irriteemos... Limpiemos la suciedad interior, arranquemos las imperfecciones de dentro, hagamos desaparecer las manchas del alma. Tal es la belleza que Dios desea. Para Dios, no para nosotros, hemos de hacerla hermosa.⁹

⁹ ZAMORA (1997: 93-94).

Como buen conocedor del alma humana y de las pasiones que en ella suelen desarrollarse, S. Juan Crisóstomo advierte a los destinatarios acerca del peligro de dejarse dominar por el deseo de las riquezas materiales, algo que puede verse incluso en el empeño que suele ponerse en buscar para el hijo “una esposa rica” en vez de preocuparse ante todo en que sea bueno. Hay una especie de *eros* que consiste en el deseo desordenado de las riquezas, y eso también puede ser un obstáculo en el camino del verdadero amor.

Los vv. 28-30 del texto de la epístola - “Así deben amar los maridos a sus mujeres, como sus propios cuerpos... Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida. Pues somos miembros de su Cuerpo, de su carne y de sus huesos”- motivan al Crisóstomo a preguntarse cómo se ha de entender aquello de “su cuerpo”; esto lo lleva a recordar el pasaje del Génesis 2, 23-24: “Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne... y se harán una sola carne”. Estas expresiones hablan de la estrechísima “proximidad” (*engýtes*) que existe entre Adán y Eva, y entre Cristo y la Iglesia, y explican por qué el marido “ha de cuidar (*therapeúei*) con gran solicitud (*epimeleías*)” a su esposa, que es también “carne de su carne”.¹⁰ Pero esto, a su vez, hace surgir otra pregunta afín: ¿Cómo es que somos “miembros de Cristo”? Ante ello el Crisóstomo responde: “Porque estamos hechos conforme a Él (*kat'autón*). ¿Y cómo somos de su carne? Lo sabéis cuantos participáis de los misterios. En efecto, a partir de Él fuimos inmediatamente remodelados (*anaplattómetha*)” (Zamora 1997: 96).

Poco más abajo se explicita un poco más este pensamiento:

Por tanto, igual que el Hijo de Dios participa de nuestra naturaleza, así nosotros de su substancia; e igual que aquél nos lleva en sí mismo, así también nosotros lo llevamos en nosotros... Es así, por tanto, que nosotros nos hacemos una sola carne con Cristo por participación (*día metousías*).¹¹

¹⁰ Valga notar, de paso, que el texto de la última parte del v. 30 que sigue el antioqueno difiere del que habitualmente traen las versiones griegas y le permite establecer en forma más directa la relación con el pasaje del Génesis.

¹¹ ZAMORA (1997: 98).

La lectura de estos pasajes permite constatar la presencia de varios términos que fueron utilizados por Platón o por autores de la tradición platónica. Enseguida volveremos brevemente a ellos. Pero continuemos avanzando en este recorrido por la Homilía XX y destaquemos algunos otros detalles significativos para nuestro tema.

En la parte central de la Homilía el Crisóstomo comenta los dos versículos finales del pasaje elegido y con motivo de la expresión "...Gran misterio es éste y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia..." (Ef 5, 32-33), dice:

De verdad, de verdad es un misterio, un gran misterio, además, el que uno abandone al que lo hizo nacer, al que lo engendró, al que lo crió, a la que lo parió con dolor y sufrimiento, a quienes tanto lo beneficiaron, a quienes llegaron a hacerse habituales, para unirse a una que ni había visto antes ni tiene nada en común con él, anteponiéndola, además, a todos. Es realmente un misterio... Realmente es un misterio que encierra alguna sabiduría arcana.¹²

Las últimas palabras son muy sugerentes. *Árrhetos*, aquí traducido como "arcana", en realidad significa, según su etimología, 'inefable', que no puede ser dicho o proferido. Con ello parece indicarse que el fundamento último de toda la enseñanza del matrimonio y la analogía con el amor de Cristo hacia la Iglesia trasciende el nivel de nuestro conocimiento y se hunde en la realidad infinita de la voluntad de Dios.

Llegando al versículo final del pasaje elegido –"En todo caso, en cuanto a vosotros, que cada uno ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete al marido"– se observa que esto es una especie de giro conclusivo de todo el pasaje, con el que retoma el consejo básico que ya se había enunciado antes (que la mujer respete al marido y éste ame a su mujer), al comienzo de todo el apartado, pero ahora S. Juan Crisóstomo acentúa el segundo elemento del consejo y dice: "Que introduzca el amor como contrapeso de la obediencia", para agregar, poco después: "Pablo mostró el modo del amor, el del temor ya no... El tema del miedo ya no lo amplía. ¿Por qué? Porque prefiere que sea esto lo que prevalezca, el amor. Se da éste, viene de la mano todo lo demás; se da aquél, no hay nada en absoluto" (Zamora 1997: 101-102).

En este contexto se entiende bien el desarrollo –bastante extenso¹³– que sigue. El santo obispo explica por qué la mujer, aunque ha recibido el consejo de "temer", obedecer o respetar a su marido –lo que parece a primera vista desventajoso– en realidad lleva ventaja. Atendamos a cómo lo explica el Crisóstomo: Ante todo señala que: "Efectivamente, el hombre tiene encomendado lo más importante: amar. ¿Qué pasa, entonces, si la mujer no teme?, me dices. Tú ama, cumple con lo tuyo" (Zamora 1997: 102). Precisamente lo "tuyo" –dice– es amar, y además el "estar sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo", tal como se lee en la misma *Epístola a los Efesios* en el versículo inmediatamente anterior al pasaje seleccionado (Ef 5, 21). Es por ello que el marido, aunque la mujer no lo "tema", no por eso ha de dejar de amarla. Y añade enseguida: "El matrimonio [cristiano] no viene de la pasión de los cuerpos sino que es todo espiritual, unida el alma a Dios por un vínculo inefable que sólo Él conoce" (Zamora 1997: 103). Es el hombre al que explícitamente se le ha dado la misión de amar. El autor de la homilía advierte que en la *Epístola* no se dijo de la mujer "se unirá a su marido", y esto se debe a que es al hombre a quien se dirige y a él le habla de amor: "A él le habla de amor y puso en sus manos los asuntos de ésta, y le habló de amor con la intención de estrecharlo y unirlo a ella" (Zamora 1997: 104).

Se trata, pues, de una unión íntima, intensa, que incluye la "carne", tal como el mismo texto de la carta lo reitera: "serán una sola carne", retomando una expresión que ya estaba presente en Gn 2, 24 y Mt 19, 5.

Es justamente esta propuesta cristiana del matrimonio, propuesta "integral" que incluye todos los aspectos de la persona humana, lo que constituye el fundamento de un aspecto que puede sorprendernos porque no aparece explícitamente en la *Epístola a los Efesios*, pero que S. Juan Crisóstomo trata extensamente por ser muy importante: la dimensión pedagógica que está implicada en esta concepción del matrimonio. El marido está llamado a ser el "educador" de su esposa y a garantizar así el logro de aquella unión sobre la que gira y a la cual apunta toda visión cristiana del matrimonio. A esa dimensión le dedica el antioqueno gran parte de la Homilía¹⁴. Revisemos algunas de sus reflexiones:

¹² ZAMORA (1997: 100).

¹³ Prácticamente la mitad de la Homilía.

¹⁴ Aproximadamente un 40 % de la Homilía está dedicado a este tema (18 páginas de las 39 que ocupa la homilía en la edición de Ciudad Nueva).

Retomando aquella exhortación, ya comentada, para que los varones traten de conseguir la belleza interior a fin de poder ser así “artesanos” de sus esposas, S. Juan Crisóstomo dedica todo el tramo final de su homilía a indicar el modo en el que el marido puede ir realizando ese ideal “educativo” al que está invitado y posibilitar que el hogar sea realmente una “pequeña Iglesia” (*ekklesía mikrá*). La clave, obviamente, es el trato delicado, dulce, condescendiente, que es dictado por el verdadero amor. Ese amor hará que no se sobrevalore la posesión de riquezas materiales y que, en cambio, se cultive la “filosofía de lo alto” (*áno philosophía*) (Zamora 1997: 112), que constituye la verdadera riqueza. El marido ha de ser, entonces, un auténtico educador, que exhortará a su esposa a embellecerse pero no con objetos de oro sino con la virtud, que hará que ella “exhale el perfume de la templanza” (*sophrosýne*). Más aún, el autor da a los oyentes consejos fundamentales y les ofrece, en varios y extensos párrafos, las palabras mismas que podría emplear el marido para disponer favorablemente a su esposa. Valga citar, a manera de ejemplo, algunos de esos párrafos:

... Hábla[le] de amor. En efecto, nada contribuye de tal manera a convencer al que escucha para que acoja lo que se dice, como el hecho de saber que se dice con mucho amor. ¿Cómo mostrarás, entonces, el amor? ...

Yo antepongo tu amor a todo y nada se me hace tan desagradable y odioso como el llegar a desavenirme contigo. Aunque tenga que perderlo todo, volverme más pobre que Iro, arrostrar extremos peligros, padecer cualquier cosa, todo esto me resultará fácil de sobre llevar y soportable con tal de estar a bien contigo¹⁶.

¹⁶ ZAMORA 1997: 117-118.

En la misma línea se ubica el vibrante alegato a que en el matrimonio todo se considere común, eliminando en la conversación el uso de las palabras ‘mío’ y ‘tuyo’. Permítasenos citar este pasaje *in extenso*, para cerrar esta parte de la exposición y percibir algo de la fuerza persuasiva de la retórica del Crisóstomo:

¡Oh el amor (*eros*) a las riquezas! Ambos os habéis convertido en un solo hombre, en un solo ser vivo, ¿y aún dices: ‘mis cosas’? Estas palabras malditas e impías las ha introducido el diablo. Todas las cosas más necesarias que esas las hizo Dios comunes a nosotros, ¿y esas no son comunes? No se puede decir ‘mi luz’, ‘mi sol’, ‘mi agua’. Todo lo más grande nos es común, ¿y las riquezas no son comunes?... Enséñale estas cosas junto con las otras, pero que sea con mucha amabilidad. Porque, en efecto, la propia exhortación a la virtud tiene de por sí un aire muy severo, especialmente en el caso de una muchacha tierna y joven. Cuando se trate de filosofía, discurre con mucha amabilidad y destierra de aquella alma esto en primer lugar: ‘lo mío’ y ‘lo tuyo’... Si [ella] dice ‘mis cosas’, dile: ‘todas las cosas son tuyas y también yo soy tuyo’. No es lisonja, sino mucha prudencia... Es lisonja cuando alguien hace algo innoble con mala intención; esto, en cambio, es la mayor filosofía. Por tanto, di: También yo soy tuyo, jovencita. A esto me exhortaba Pablo cuando dijo: *El marido no dispone de su cuerpo, sino la mujer*.¹⁷ Si no tengo poder sobre mi cuerpo, sino tú, con mucha más razón sobre mis riquezas.¹⁸

¹⁷ 1 Cor 7, 4.

¹⁸ ZAMORA 1997: 121-122.

Resonancias platónicas en la Homilía XX

A partir de la lectura de los pasajes seleccionados de la Homilía XX podrían destacarse algunos puntos que han quedado suficientemente de manifiesto y que permitirían establecer una relación más o menos directa entre el Padre cristiano y el pensamiento platónico. Para ello, propongo un recorrido un tanto libre, que no coincide exactamente con la sucesión de los textos seleccionados, pero que son indicativos de esa “cercanía” entre la concepción del antioqueño y la del antiguo ateniense.

a - En el texto de S. Juan Crisóstomo se advierte un tono predominantemente exhortativo. El autor parece querer mover a sus oyentes a aceptar de buen grado la enseñanza de la *Epístola* y la “filosofía” que ella encierra y, por tanto, a obrar consecuentemente en el propio matrimonio. No sería absurdo ver aquí un eco de aquella actitud que en muchos diálogos platónicos se constata: el personaje Sócrates con frecuencia despliega a lo largo del diálogo con su ocasional interlocutor una especie de ‘protréptica hacia la filosofía’, que trata de motivar un cambio de vida en el receptor¹⁹.

b - Un elemento constitutivo de esa protréptica es la invitación al interpelado para que éste se involucre en un proceso de enseñanza-aprendizaje. Más allá de las diferencias obvias, en este sentido tanto Platón como S. Juan Crisóstomo coinciden, ya que para ambos el ‘objetivo’ es, en última instancia, ‘pedagógico’.

c - Un punto determinante de esta “protréptica-pedagógica” –común a Platón y S. Juan Crisóstomo– es la intención de que el receptor **ordene** rectamente su ‘escala de valores’, es decir, no sobreestime las riquezas materiales, el linaje o la belleza física, sino que aprenda a descubrir y valorar la verdadera riqueza y la auténtica belleza. Para ello es imprescindible elevarse desde el ámbito de la exterioridad al de la interioridad.

d - Algunos términos específicos que emplea el santo obispo son de raigambre platónica. A modo de ejemplo valga notar el uso de *demiourgéo-demiourgós* para referirse a la labor “artesanal” que el marido ha de intentar llevar adelante para con su esposa; o los vocablos que remiten a la noción de *méthexis* o “participación” (como *metousía*), o el consejo de “imitar” (*miméomai*) un modelo determinado, o la referencia a una suerte de “cuidado terapéutico” (*epiméleia* y *therapeúo*). Es obvio que cada uno de estas palabras tiene una fuerte impronta platónica²⁰.

e - Una consideración especial merecería el término ‘misterio’ que tiene, para los autores del primer cristianismo, un significado muy rico y relevante por su directa relación con el ser mismo de la divinidad y su transcendencia absoluta, por una parte, y por otra con la posibilidad que se abre al hombre para iniciar un camino de conocimiento amoroso de esa realidad trascendente. Es seguro que los Padres cristianos tomaron el término y su semántica de diversas corrientes filosóficas y religiosas anteriores, cargándolo –como sucedió con muchísimos otros vocablos– de significados nuevos. Dentro de esas corrientes debió de estar también la platónica, en la que hay una cierta acentuación de la connotación cognitiva²¹. Si bien el contexto en el que lo emplea S. Juan Crisóstomo en la Homilía XX está circunscripto al matrimonio –y en una primera lectura podría equivaler casi a ‘algo inesperado, sorprendente’ o ‘difícil de explicar’– sin embargo la referencia a la ‘sabiduría arcana’ (*árrhetos*) que está encerrada en el misterio da pie para entrever una suerte de apertura hacia aquella realidad divina trascendente que implica también un experiencia de conocimiento.

f - Otro punto de contacto indudable con el pensamiento platónico es la importancia que se asigna al amor. Conviene destacar que el Crisóstomo emplea en varias ocasiones el sustantivo *eros* en sentido positivo,²² lo cual lo acerca a aquella tradición que arranca del *Simposio* y del *Fedro* de Platón y que marcó casi de manera indeleble el desarrollo semántico y las implicaciones filosóficas del término. Por cierto es necesario advertir que existen diferencias notables en la concepción cristiana y platónica del amor, y que en el antioqueno es clara la ambivalencia axiológica del *eros*, que puede tener un valor negativo por su asociación a la “pasión” (*epithymía*) y por la posibilidad de aplicarlo a realidades como las riquezas materiales. Sin embargo, es plausible –creo– admitir una neta cercanía, también en este punto, entre el Crisóstomo y Platón. Baste aquí recordar que también el filósofo ateniense expresa, en alguna ocasión, una cierta

¹⁹ De entre tantos estudios sobre la protréptica en los diálogos platónicos baste citar KAISER 1959.

²⁰ Para algunos de estos términos puede verse HORN 2010.

²¹ Para citar sólo algún pasaje sugerente de los diálogos del ateniense con respecto a este tema, puede verse *Gorgias* 497 c, o *Fedro* 249 c y 250 b. Para la terminología relativa a ‘misterio’ en Platón, Filón y Clemente de Alejandría v. RIEDWEG (1987).

²² Sería adecuado recordar algunas ocurrencias de la raíz de *eros* en la obra de S. Gregorio de Nisa. A modo de ejemplo puede verse el pasaje de la *Vida de Moisés* (II, 231): en el contexto de la doctrina de la *epéktasis* (o tensión hacia el infinito), central para la espiritualidad del Niseno, se habla de una “disposición amorosa” (*erotiké diáthesis*) del alma hacia la belleza. V. las breves pero ilustrativas notas con motivo de los párrafos II, 227 y 231 de SIMONETTI (1984: 324).

ambivalencia de *eros*²³, el cual es una suerte de pasión (*epithymía*) y que, en algún contexto y con una curiosa proximidad con las palabras del Crisóstomo, puede adquirir rasgos “tiránicos”²⁴. De todos modos, el sentido predominante de *eros* en la Homilía XX es más bien el positivo en la medida que está asociado a la tendencia hacia la verdadera belleza.

g - Por último, me parece que S. Juan Crisóstomo otorga un valor muy alto a la “unidad”. Sobre todo al comienzo de la Homilía XX se observa una reiterada referencia a la necesidad de mantener y cuidar la “unión conyugal”, y el fundamento de esta insistencia es justamente porque así lo ha querido desde el principio el Creador.²⁵ Si revisáramos el texto griego de las primeras tres o cuatro páginas encontraríamos una muy alta frecuencia de términos compuestos con la preposición *syn-* que expresa básicamente la noción de “comunidad”: *syn-eimí* (estar o vivir con, juntamente), *sydsygía* (unión, “conyugalidad”), *syn-dséugnymi* (estar unido, compartir el yugo), *sym-ploké/sym-pléko* (enlazar, trabar en unidad), *syn-desmos* (unión, atadura, ligazón), *syn-ágo* (reunir), *sy-stéllo* (colocar juntamente), *syn-krotéo* (consolidar, componer); en la misma línea cabría mencionar el término *homónoia* (concordia, comunidad de pensamiento) y *oikeiotes* (intimidad, familiaridad). Este detalle lingüístico guarda estrecha relación con la importancia de la “unión”: es la acción de *eros* o de *agápe* la que mueve hacia la unidad, en este caso, de los esposos, y ése es precisamente el mayor bien a lograr, el querido por Dios desde el comienzo mismo de la creación del hombre y al que se orientan todas las reflexiones y todos los consejos de la Homilía. También en esto puede percibirse una huella del pensamiento platónico: para el filósofo ateniense a la noción de ‘unidad’ le cabe una importancia decisiva, hasta el punto que podría afirmarse que toda su propuesta educativa, ética, política, gnoseológica, y hasta la reflexión acerca del cosmos y los dioses, tiene el sello de la unidad como último objetivo. A modo de ejemplo, entre tantos otros que podrían mencionarse, valga recordar aquí aquel famoso pasaje con el que prácticamente concluye el libro IV de la *República* y que constituye una especie de definición del hombre justo: “... (La justicia se da) cuando uno ... se gobierna a sí mismo, se ordena, se hace amigo de sí mismo y armoniza los tres estamentos (del alma)... y llega a ser totalmente uno a partir de muchas cosas, moderado y armonizado, y entonces obra ya de este modo.”²⁶

En torno a estos temas –y seguramente hay algunos más– se hace plausible, me parece, postular la presencia de huellas o ecos de la tradición platónica en la exégesis de S. Juan Crisóstomo. Se percibe así una suerte de línea de continuidad que vincula los textos del antiguo filósofo ateniense, los del antioqueno y, al menos indirectamente, la catequesis nro. 113 de S. Juan Pablo II.

²³ Por ejemplo, en *Leyes* 782 e y ss. Recuérdese, además, que en el *Fedro* se habla de una *mania* erótica, la que es, por cierto, excelente para el ser humano, pero que no deja de ser una *manía*.

²⁴ V. *República*, 573 c.

²⁵ TENACE (2022: 38) destaca la importancia de este aspecto y la novedad de S. Juan Crisóstomo en esta acentuación. El matrimonio no es tanto “remedio contra la concupiscencia” sino “remedio contra la soledad”.

²⁶ El tema de la “unidad” es central en la obra de Platón y concierne a “todos los niveles, ámbitos y metas de la filosofía platónica” (HORN 2009: 267). De entre la bibliografía sobre el tema, que es enorme, puede verse, SZLEZÁK (1996).

Bibliografía citada

GAISER, K. (1959): *Protreptik und Paränese bei Platon*. Kohlhammer, Stuttgart.

HORN, Chr. (2009): MÜLLER, J. – SÖDER, J., *Platon. Handbuch*. Metzler, Stuttgart.

JAEGER, W. (1965): *Cristianismo primitivo y paideia griega*. F. C. E., México.

RIEDWEG, Chr. (1987): *Mysterienterminologie bei Platon, Philon und Klemens von Alexandrien*. W. de Gruyter, Berlin.

SIMONETTI, M. (1984): *Gregorio di Nisa. La Vita di Mosè*. Mondadori.

SZLEZÁK, Th. A. (1996): "Psyche – Polis – Kosmos. Bemerkungen zur Einheit des platonischen Denkens". En: *Polis und Kosmos*. Hrsg. Von Enno Rudolph, W.B.Darmstadt.

TENACE, M. (2022): "Algunas apreciaciones de la primera literatura cristiana acerca del matrimonio". En: NARVAJA, J. L. *Heridas del matrimonio y crisis del mundo*. U. C. Córdoba.

ZAMORA, M. J. (1997): *Juan Crisóstomo, Sobre la vanagloria, la educación de los hijos y el matrimonio*. Ciudad Nueva, Madrid.